

Fiesta. Visitación de la Virgen María (31 de mayo)

Padre Julio Gonzalez Carretti

Lecturas

a.- Sof. 3,14-18: El Señor será el rey de Israel en medio de ti.

Al final de este libro, encontramos este pasaje, que a modo de Salmo, canta el gozo de Sión, muy parecido en los textos usados en la entronización del rey, como el Ungido de Yahvé. Llama la atención el contenido y el sentido del texto, muy distinto al resto de la obra, donde encontramos una mirada jubilosa de un futuro inmediato. No es extraño que encontremos en estos pasajes, sentimientos de tristeza y alegría, condenación de actitudes y promesa de un futuro mejor. Lo que nos describe el profeta es un futuro esplendoroso para Israel, para Sión, con ideas tradicionales como la derrota de sus enemigos, la sentencia que pesaba sobre ella ha sido quitada, porque Yahvé está en medio de su pueblo (v.15). En el resto del texto, se agrega el tema del retorno de todos los desterrados, hasta formar un pueblo de renombre entre las naciones; era todo lo contrario, a lo que habían vivido hasta el momento. Para el profeta, el futuro se hace pasado, por la convicción interior que lo anima, la garantía está en Dios, que es quien lo inspira. Es el pensar, hablar y creer de un "anawin", un pobre de Yahvé, que vive su fe en medio de un pueblo alejado de Dios. Lo destacable del texto, está en la alegría, en la presencia de Dios, en medio de su pueblo como rey: "El Señor será el rey de Israel en medio de ti y ya no temerás" (v.15). La nueva Sión es María, para el evangelista Lucas, la doncella, a quien se le asegura que no tema, porque el Yahvé está con Ella, para que el Salvador, el Hijo del Dios Altísimo, ponga su morada en su seno inmaculado (cfr. Lc. 1, 28ss). El nuevo Israel, la nueva Sión es María, la Madre de Jesús. Inspirado por Dios, el evangelista, contempla a María, como Madre de todos los discípulos de su Hijo, Madre de la Iglesia.

(O bien. Rm. 12, 9-16: Practicad la hospitalidad.

b.- Lc. 1,39-56: ¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?

El evangelio nos presenta a María, la Madre, como la protagonista, en la proximidad del nacimiento de su Hijo. María sale de Nazaret hacia el hogar de su prima Isabel, para celebrar con ella el destino común en que están inmersas. En la mente de Lucas, quiere que dos de sus personajes claves del relato, Juan y Jesús, se puedan encontrar, aunque sea mediando sus respectivas madres. María va sola de camino, sin José, centra la atención del relato. María va a compartir con su prima experiencias que sólo ellas viven: el embarazo de una mujer pasada la menopausia y una joven que concibe por obra del Espíritu Santo. Es un relato escrito y vivido desde una fe compartida, sobre todo en momentos difíciles.

En el encuentro de las dos mujeres que se saludan, la primera respuesta viene de uno de los niños, el hijo de Isabel, que saltó de gozo en su vientre, reconoce la

cercanía del Mesías esperado. Isabel llena del Espíritu Santo, exclama: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" (vv. 42-45). Esta acción del Espíritu, es una manifestación que Dios tiene en sus manos la historia de los hombres, y que conduce según su proyecto de salvación. Ahora el mensajero, no es un ángel, sino otra mujer con su hijo en sus entrañas. No llama a María por su nombre, sino por la relación que tiene con Dios y el Niño que espera, es más, la bendice a Ella y al fruto de su vientre. Bendice una mujer del pueblo, una mujer mayor a una joven; una que fue estéril, a una joven virgen; la esposa de un sacerdote a una galilea, vemos una clara inversión social, son los tiempos mesiánicos. Isabel, manifiesta su asombro y agradecimiento a Dios por la visita de María, pero su humildad la hace preguntarse: "Quién soy yo?" (v. 43); lo mismo que se preguntaba David con temor, cuando el traslado del Arca o cuando él visita a Auraná con motivo de la construcción de un altar y éste le manifiesta respeto y gozo por su visita (cfr. 2Sam. 6,9; 24,21). Isabel queda asombrada que la visite la Madre de su Señor, aunque no nacido todavía, se refiere a Jesús, porque el término Señor en el AT., se refiere sólo a Yahvé y al Mesías davídico. Es el Señor de Isabel, pero está llamado a serlo de todo Israel, humildad manifiesta de una mujer que se admira que Dios contara con ella en su historia de salvación. Admiración, alegría, bendición que la configura con los Anawin. Isabel bendice a su prima por su fe, ha creído, y le asegura que lo dicho por el ángel se cumplirá. Adquieren sentido las palabras que dirigirá Jesús a la mujer del pueblo que alabó a su Madre, porque el valor de María no se pone en su maternidad biológica, sino en su capacidad de creer. María aparece como prototipo de creyente en contrapunto con el sacerdote Zacarías, y de los nuevos creyentes, los cristianos, los pobres, los temerosos de Dios, convencidos que Dios lo puede todo. Es entonces cuando en María irrumpe su canto, el Magnificat, magnificar a Dios por la experiencia abrumadora de su grandeza en la pequeñez de su Sierva (vv. 46-49). En Dios su Salvador, María se siente salvada y gozosa de entender las nuevas claves de salvación. Se fijó en su humildad, la miró, actuó sobre su persona, lo que hace que la esperanza de María, sea mayor que la de la matriarca Lía, puesto que la felicitarán todas las generaciones por ser la Madre del Mesías y por su fidelidad a Dios (v.48; cfr. Gn.30,13). Grandes cosas ha hecho Dios en su persona como convertirla en Madre del Mesías, el que es Señor y Salvador, también es Poderoso y Santo, a favor de Israel su pueblo, y que ahora obra en ella. En un segundo momento del cántico (vv.50-53), se expande la mirada de María, puesto que lo realizado en ella, se extiende a toda la humanidad. Es ahora la comunidad quien alaba la misericordia divina, atributo divino que se agrega, la que mueve a Dios a ser fiel con su pueblo. Es la mujer que va a ser Madre, se coloca en Dios, que dio a luz la Creación, y pone en ÉL todos los atributos de la maternidad. Un Dios que protege a todos los desvalidos, los temerosos de Dios. Rechaza a los soberbios, insensibles a ÉL, por ello los esparce con la fuerza de su brazo (v.51). De las relaciones con Dios, se pasa a la relación entre los hombres, donde se establecen paralelos entre poderosos y humildes, ricos y pobres. Anuncia María que el nacimiento de su Hijo, acabará con las opresiones y privilegios de algunos, mejorarán las relaciones humanas, en lo económico, social y político. Lucas no condena la riqueza, sino que deben ser usadas con generosidad,

puesto que hay que trabajar y servir al hombre integral. Finalmente, se alaba a Dios por lo que ha hecho por Israel (vv. 54-55). De la humanidad, volvemos a Israel, con las promesas hechas a Abraham, de las que Yahvé, no se olvidado, y que se cumplirán en la persona de Jesús. La perspectiva de esperanza es de una visión amplia, para acoger a todos los que acepten la nueva economía de salvación, no sólo a los temerosos de Dios. El Magnificat recoge las herencias del AT, que apuntan a que Jesús las interprete y les dé un sentido totalmente nuevo proyectado hacia el futuro. María, luego de tres meses con su prima vuelve a su hogar, colmada de experiencias nuevas dadas por Dios y para los creyentes que esperan se revele nuevamente la misericordia de Yahvé.

Si Isabel alabó la fe de su prima María, Teresa de Jesús no cesa de recomendarnos de imitar a la Virgen en su humildad y dedicación a Dios. "Alabadle, hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente, pues tenéis tan buena madre, imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por patrona, pues no han bastado mis pecados y ser la que soy para deslustrar en nada esta sagrada orden." (3M 1,3).